

su propia muerte y de la de todos sus hijos y sufre cuanto puede resistir la humana naturaleza.

Valiente caballero de Assás, yo te veo expirar herido por cien bayonetas, gracias á un esfuerzo de valor y á un heroísmo que no se conoce en nuestros días.

¡Y tú, que lloras bajo esas palmeras, desgraciada negra! Tú, á quien un hombre cruel ha engañado, abandonándote á la vez... ¿qué digo? tú, á quien aquél ha tenido la crueldad de vender como á una vil esclava, á pesar de tu amor y de tus servicios, á pesar del fruto de su cariño que llevas en tus entrañas... yo no pasaré por delante de tu imagen sin rendir el homenaje debido á tu sensibilidad y á tus desgracias.

Detengámonos un instante frente á este otro cuadro : representa á una joven pastora que guarda sola su ganado en la cima de los Alpes ; está sentada sobre el tronco de un viejo abeto que el viento arrancó y los años han blanqueado ; sus pies permanecen ocultos entre el espeso follaje de una frondosa cacalia, cuyas flores de color de lila se elevan hasta su cabeza. La alhucema, el tomillo, la anémona, la centáurea, flores de toda especie que se cultivan con dificultad en nuestros invernáculos y jardines y que crecen en los Alpes con todo su esplendor primitivo, forman la brillante alfombra sobre la cual triscan sus corderos. Amable pastora, dime, ¿dónde se encuentra el feliz rincón de la tierra que tú habitas? ¿De qué lejano aprisco has salido esta mañana al despuntar la aurora? ¿No me sería posible el ir á vivir allá contigo? Mas ¡ay! la dulce tranquilidad de que disfrutas, no tardará en desva-

necerse. El demonio de la guerra, no contento con desolar las ciudades, va á llevar bien pronto la turbación y el espanto hasta tu solitario retiro. Avanzan ya los soldados ; ve cómo saltan de montaña en montaña y se aproximan á las nubes. El ruido del cañón resuena allá en la elevada región del trueno. ¡Huye, pastora, apresúrate á recoger tu rebaño, ocúltate en los antros más apartados y más agrestes : ya no hay reposo sobre esta desdichada tierra.

CAPÍTULO XXIV

No sé á qué atribuirlo ; pero desde hace algún tiempo todos los capítulos de mi obra concluyen en un tono siniestro. En vano fijo mis miradas, al empezarlos, sobre algún objeto agradable ; en vano me embarco en completa calma : una borrasca viene en seguida á hacerme torcer el rumbo. Para poner término á esta agitación, que no me deja ser dueño de mis ideas, y para apaciguar los latidos de mi corazón, por tantas y tan tiernas imágenes agitado, no veo otro remedio que hacer una disertación. Sí ; quiero poner este pedazo de hielo sobre el órgano de mi sensibilidad.

Y esta disertación versará sobre la pintura, ya que hablar sobre cualquier otro asunto me sería imposible. No es fácil bajar de un salto desde la altura en

que me había colocado hace un momento : por otra parte ésta es la *monomania* de mi tío Tobias.

De paso quisiera decir algunas palabras acerca de la cuestión relativa á la supremacía entre el arte encantador de la pintura y el de la música; sí, yo quiero poner algo en los platillos de la balanza, aunque sólo sea un grano de arena, aunque sólo sea un átomo.

Se dice en favor del que pinta, que deja algo detrás de sí : los cuadros le sobreviven y eternizan su memoria.

Á esto se contesta que los compositores de música dejan también óperas y conciertos. Pero la música se halla sujeta á la moda, y la pintura no. Los trozos de música que enternecian á nuestros abuelos, encuéntranlos ridículos los aficionados de nuestros días, y se les interpola en las óperas bufas para hacer reír á los sobrinos ó nietos de aquellos á quienes hacían llorar en otro tiempo.

Los cuadros de Rafael seducirán á la posteridad como han encantado á nuestros antecesores.

Ved ahí mi grano de arena.

CAPÍTULO XXV

« ¿Pero á mí qué me importa, díjome un día la señora de Hautcastel, que la música de Cherubini ó de Cimarosa sea diferente de la de sus predecesores? ¿Qué

me importa que la música antigua me haga reír, con tal que la nueva me enterezca de una manera deliciosa? ¿Es acaso necesario á mi felicidad que mis placeres se parezcan á los de mi tatarabuela? ¿Qué venís á decirme de la pintura, de un arte que no puede saborearse más que por un círculo muy reducido de personas, mientras que la música encanta á todos los seres que sienten y respiran? »

En este momento, ignoro lo que podría contestarse á semejante observación, con la que no soñaba al empezar este capítulo.

Á haberla previsto, quizá no hubiese emprendido esta disertación. Y no se tome lo dicho por un ardid de músico, porque verdaderamente yo no lo soy. No; no tengo nada de músico, por mi honor lo digo; y para que se me crea, pongo por testigo al cielo y á todos los que me hayan oído tocar el violín.

Pero suponiendo ahora que el mérito del arte es igual de un lado que de otro, no por esto habría que deducir, sin más ni más, del mérito del arte el mérito del artista. Hay niños que tocan el clavicordio como grandes maestros, pero aun no se ha visto un buen pintor de doce años. La pintura, además del gusto y del sentimiento, exige una cabeza pensadora, de la cual pueden prescindir los músicos. Todos los días estamos viendo hombres sin corazón y sin ideas que arrancan al violín, al arpa, magníficos sonidos.

Se puede enseñar á la bestia humana á tocar el clavicordio; y cuando es enseñada por un buen maestro, el alma puede viajar entonces con entera libertad, no sir-

viendo esto de obstáculo para que los dedos arranquen maquinalmente á las cuerdas, y sin que el alma se mezele en ello para nada, bellisimas armonías. Por el contrario, es de todo punto imposible pintar la cosa más sencilla del mundo sin que el alma emplee en esta ocupación todas sus facultades.

Sin embargo, si alguno creyese deber distinguir entre la música de composición y la ejecución, confieso que me vería algo apurado para contestar. ¡Ah! si todos los que se entretienen haciendo discursos obrasen de buena fe, todas las discusiones terminarían de esta manera. Cuando se empieza á examinar un asunto, se toma ordinariamente el tono dogmático, porque ya se ha decidido uno en secreto, como yo lo estaba realmente por la pintura, á pesar de mi hipócrita imparcialidad; pero la discusión engendra la objeción, y todo concluye por la duda.

CAPÍTULO XVI.

Ahora que me siento más tranquilo, voy á tratar de hablar sin emoción de los dos retratos que siguen al cuadro de *la Pastora de los Alpes*.

¡Rafael! tu retrato no podía ser pintado más que por ti mismo. ¿Quién se hubiese atrevido á hacerlo? Tu rostro franco, sensible, espiritual, anuncia tu carácter y tu genio.

Para complacer á tu efigie, he colocado cerca de ti

el retrato de la mujer que amaste, á quien todos los hombres de todos los siglos pedirán eternamente cuenta de las sublimes obras de que tu muerte prematura ha privado á las artes.

Cuando examino el retrato de Rafael, me siento penetrado de un respeto casi religioso hacia ese grande hombre que, en la flor de su edad, había sobrepujado á todos los pintores antiguos, y cuyos cuadros son, á la vez que el asombro, la desesperación de todos los artistas modernos. Cuando mi alma le admira, experimenta un movimiento de indignación contra esa italiana que prefirió su amor á su amante y que apagó en su seno esa antorcha celeste, ese genio divino.

¡Desgraciada! ¿No sabías que Rafael había anunciado un cuadro superior al de la *Transfiguración*? ¿Ignorabas, acaso, que estrechabas en tus brazos al favorito de la naturaleza, al padre del entusiasmo, á un genio sublime, á un Dios?...

Mientras que mi alma hace estas observaciones, su compañera, *la otra*, fijando atentamente los ojos en el rostro encantador de aquella funesta beldad, se siente dispuesta á perdonarle la muerte de Rafael.

En vano mi alma le censura su extravagante debilidad: no es escuchada. Como en otras muchas ocasiones, se entabla entre estas dos señoras singular diálogo, de esos que terminan casi siempre por el triunfo del *mal principio*, y de los cuales guardo una muestra para otro capítulo.

CAPÍTULO XXVII

Los dibujos y cuadros de que acabo de hablar, palidecen y desaparecen apenas se fijan los ojos en el cuadro siguiente: las obras inmortales de Rafael, de Correggio y de toda la escuela italiana no podrían sostener la comparación. Así es que lo guardo siempre para el último bocado, para la pieza de reserva, cuando procuro á algunos curiosos el placer de viajar conmigo; y puedo asegurar que desde que he dado á conocer este cuadro sublime á los inteligentes y á los ignorantes, á la gente de mundo, á los artesanos, á las mujeres, á los niños y hasta á los mismos animales, siempre he visto dar á los espectadores, cualesquiera que fuesen, y cada uno á su manera, muestras de satisfacción y de asombro: ¡tan admirablemente copiada está en él la naturaleza!

¡Ah! ¿Qué cuadro podrían presentaros, señores; qué espectáculo podrían desarrollar ante vuestras miradas, señoras, que merezca tanto vuestra completa aprobación como la copia fiel de vosotros mismos? El cuadro á que me refiero es un espejo, y nadie hasta hoy se ha atrevido á lanzar sobre él la más pequeña censura: para todos los que le miran, es un cuadro perfecto al que no falta nada.

Se convendrá, sin duda, en que debe ser contado

como una de las maravillas de la región por donde me paseo.

Pasaré en silencio la satisfacción que experimenta el físico meditando acerca de los extraños fenómenos de la luz, que representa todos los objetos de la naturaleza sobre esta bruñida superficie. El espejo produce al viajero sedentario mil interesantes reflexiones, mil observaciones que le convierten en objeto útil y precioso.

Vosotros á quienes el amor ha tenido ó tiene todavía bajo su imperio, sabed que delante de un espejo aguza sus dardos y medita sus crueldades. Allí es dónde ensaya sus maniobras y estudia sus movimientos, preparándose de antemano para la guerra que quiere declarar; allí es dónde se ejercita en las dulces miradas, en los graciosos mohines, en las riñas estudiadas, como un actor se ejercita frente á sí mismo antes de presentarse en público. Siempre imparcial y verdadero, un espejo devuelve á los ojos del espectador las rosas de la juventud y las arrugas de la vejez, sin calumniar ni ofender á nadie. Entre todos los consejeros de los grandes, es el único que les dice constantemente la verdad.

Esta ventaja me ha hecho desear la invención de un espejo moral donde todos los hombres podrían verse con sus vicios y sus virtudes. Hasta pensaba proponer un premio á cualquiera academia por este descubrimiento, cuando maduras reflexiones me han probado su inutilidad.

¡Ay! ¡Cuán raro es que la fealdad se reconozca y rompa el espejo! En vano los cristales se multiplican á

nuestro alrededor y reflejan con exactitud matemática la luz y la verdad; en el momento en que los rayos van á penetrar en nuestra retina y á pintarnos tales como somos, el amor propio desliza su prisma engañoso entre nosotros y la imagen, y nos presenta una divinidad.

Y de todos los prismas que han existido, desde el primero que salió de manos del inmortal Newton, ninguno ha poseído fuerza de refracción tan poderosa ni produce colores tan agradables y tan vivos como el prisma del amor propio.

Ahora bien: puesto que los espejos comunes anuncian inútilmente la verdad, y cada uno queda contento con su cara; puesto que no son capaces de hacer conocer á los hombres sus imperfecciones físicas, ¿para qué serviría mi espejo moral? Pocos pondrían en él los ojos, y nadie se reconocería, excepción hecha de los filósofos. Y aun lo dudo un poco.

Tomando el espejo tal como es, espero que nadie me censurará porque lo haya colocado por encima de todos los cuadros de la escuela italiana. Las señoras, á quienes el buen gusto no suele engañar y cuya decisión debe regularlo todo, cuando entran en una habitación dirigen ordinariamente su primera mirada al espejo.

Mil veces he visto á señoras, y aun á caballeros, olvidar en una *soirée* á sus respectivos amantes, el baile y todos los placeres de la fiesta, para contemplar con marcada complacencia ese cuadro encantador, y hasta para honrarle de vez en cuando echándole una ojeada en medio de la más animada contradanza.

¿Quién podrá disputarle, pues, el rango que yo le concedo entre las obras maestras del arte de Apeles?

CAPÍTULO XXVIII

Había llegado, al fin, cerca de mi mesa escritorio; hasta alargando el brazo hubiera podido tocar el ángulo más próximo de la misma, cuando estuve á punto de ver destruído el fruto de todos mis trabajos y de perder la vida. Debería pasar en silencio el accidente que me ocurrió, para no desanimar á los viajeros; pero es tan difícil caerse de la silla de posta de que me sirvo para viajar, que habrá que convenir en que se necesita ser desgraciado hasta un último extremo, tan desgraciado como soy yo, para correr semejante peligro. Me encontré tendido en el suelo completamente á lo largo y boca abajo, y esto con tanta rapidez, tan impensadamente, que estuve tentado de poner en duda mi desgracia, si cierto zumbido en la cabeza y un violento dolor en el hombro izquierdo no me hubiesen probado hasta la evidencia la verdad de lo ocurrido.

También esto fué una mala pasada de *mi mitad*. Asustada por la voz de un pobre que pidió de repente limosna á mi puerta y por los ladridos de *Rosina*, hizo dar bruscamente una vuelta al sillón, antes de que mi alma pudiese advertirle que faltaba detrás un ladrillo; el empuje fué tan violento, que mi silla de posta se en-

contró absolutamente fuera de su centro de gravedad, y cayó sobre mí.

Confieso que ésta es una de las ocasiones en que he temido más necesidad de quejarme del alma, porque en vez de incomodarse por la distracción que había padecido, y de reprender á su compañera por su precipitación, se olvidó hasta el punto de compartir el resentimiento más *animal* y de maltratar de palabra á aquel pobre inocente.

— ¡Haragán, vete á trabajar! le dijo (apóstrofe execrable inventado por la cruel y egoísta riqueza).

— Señor, dijo el pobre para enternecerme, soy de Chambery...

— Tanto peor.

— Soy Jaime, aquel á quien veíais con frecuencia en el campo, el que llevaba las ovejas al prado...

— ¿Y qué vienes á hacer aquí?

Mi alma comenzaba á arrepentirse de la brutalidad de mis primeras palabras. Hasta creo que se había arrepentido ya, un momento antes de pronunciarlas. Le sucedió lo que á aquellos que encuentran de pronto en medio de su camino un hoyo ó un charco: lo ven, pero les falta tiempo para evitarlo.

Rosina acabó de conducirme al buen sentido y al arrepentimiento; había reconocido á Jaime que tantas veces había compartido su pan con ella, y con sus caricias le atestiguaba su recuerdo y agradecimiento.

Durante este tiempo, Joannetti había recogido los restos de mi comida, que estaban destinados para él, y los dió sin vacilar á Jaime.

¡Pobre Joannetti!

Así es cómo en un viaje voy recibiendo lecciones de filosofía y de humanidad de mi criado y de mi perro.

CAPÍTULO XXIX

Antes de pasar adelante, quiero destruir una duda que pudiera haberse introducido en el espíritu de mis lectores.

No quisiera, por todo lo del mundo, que se sospechara que he emprendido este viaje únicamente por no saber qué hacer y forzado en algún modo por las circunstancias: aseguro aquí, y juro por todo lo que más quiero, que abrigaba el propósito de emprenderlo mucho tiempo antes del suceso que me ha hecho perder la libertad por espacio de cuarenta y dos días. Este forzado retiro no fué otra cosa que una ocasión para ponerme en camino más pronto.

Ya sé yo que la protesta gratuita que hago aquí parecerá sospechosa á cierta gente, pero sé también que las personas suspicaces no leerán este libro. ¡Están demasiado ocupadas en su casa y en la de sus amigos! ¡Tienen tantos asuntos! Los buenos y los sencillos me creerán.

Convento, sin embargo, en que hubiera preferido ocuparme en este viaje en otro tiempo, y hubiera escogido para llevarlo á cabo la cuaresma mejor que el

carnaval. No obstante, las reflexiones filosóficas que el cielo me ha inspirado me han servido de mucho para soportar la privación de los placeres que Turin proporciona á granel en estos momentos de agitación y de ruido. Es muy cierto, decíame, que las paredes de mi cuarto no están tan magníficamente decoradas como las de un salón de baile; el silencio de mi *camarote* no vale tanto como el agradable ruido de la música y de la danza; pero entre los brillantes personajes que se encuentran en esas fiestas, muchos hay ciertamente que están más aburridos que yo.

¿Y por qué he de pararme á meditar acerca de las personas que se encuentran en una situación más agradable que la mía, cuando el mundo hormiguea de gente más desgraciada que yo? En vez de trasladarme con la imaginación á ese soberbio palacio donde la joven Eugenia eclipsa á tantas bellezas, no tengo, para ser feliz, más que detenerme un momento en cualquiera de las calles que allá conducen. Un sin número de desgraciados medio desnudos se hallan tendidos bajo los pórticos de esas moradas suntuosas, y parecen próximos á morir de frío y de miseria. ¡Qué espectáculo! Yo quisiera que esta página de mi libro fuese conocida de todo el mundo; yo quisiera que se supiese que en esa ciudad donde todo respira la opulencia, durante las noches más frías del invierno, muchos infelices duermen al aire libre con la cabeza apoyada sobre un guardarruedas ó sobre el umbral de un palacio.

Aquí hay un grupo de niños apretados unos contra otras para no morir de frío; allí una mujer tiritando,

á quien falta hasta la voz para quejarse. Los transeúntes van y vienen sin que les conmueva un espectáculo al que están ya acostumbrados. El ruido de las carrozas, la voz de la intemperancia, los acordes armoniosos de la música, se mezclan algunas veces con los gritos de estos desgraciados y forman una horrible disonancia.

CAPÍTULO XXX

El que se apresurase á juzgar á una ciudad por el capítulo precedente, mucho se equivocaría. He hablado de los pobres que se encuentran á cada paso, de sus lastimeros gritos, y de la indiferencia de ciertas gentes á su respecto; pero nada he dicho del gran número de personas caritativas que duermen mientras los demás se divierten, que se levantan al despuntar el día y van en auxilio del infortunio sin ostentación y sin testigos. ¡No quiero pasar esto en silencio! Quiero escribirlo en el reverso de la página *que debe leer todo el mundo*.

Después de haber compartido de esta suerte su fortuna con sus hermanos; después de haber vertido el bálsamo en esos corazones lastimados por el dolor, van á las iglesias á ofrecer á Dios sus plegarias y á darle las gracias por sus beneficios, mientras el vicio, fatigado, duerme sobre plumas. La luz de la lámpara solitaria lucha todavía en el templo con la luz del sol naciente, y ya

se les encuentra prosternados al pie de los altares; y el Eterno, irritado por la crueldad y la avaricia de los hombres, detiene entonces el rayo próximo á herir.

CAPÍTULO XXXI

He querido decir algo de esos desgraciados en mi viaje, porque la idea de su miseria ha venido con frecuencia á distraerme en mi camino. Algunas veces, preocupado al ver la diferencia que existe entre su situación y la mía, paraba de repente mi berlina, y el cuarto me parecía entonces prodigiosamente adornado. ¡Qué lujo inútil! ¡Seis sillas, dos mesas, un escritorio, un espejo!... ¡qué ostentación! Sobre todo mi cama, mi cama color de rosa y blanco y sus dos colchones, me parecía que desafiaban la magnificencia y la mollicie de los monarcas orientales. Estas reflexiones me hacían indiferentes los placeres que me habían sido prohibidos; y de reflexión en reflexión, mi prurito de filosofar llegaba á tal extremo, que habría visto cómo se celebraba un baile en la habitación contigua, habría oído el sonido de los violines y clarinetes, sin moverme de mi sitio; hubiera oído la voz melodiosa de Marchesini, esa voz que tantas veces me ha puesto fuera de mí mismo, y la hubiera oído sin conmoverme; y más aún: hubiera mirado sin emoción alguna á la mujer

más encantadora de Turín, á la misma Eugenia, vestida de pies á cabeza por la señorita Rapous¹. Sin embargo, esto ya no es tan seguro.

CAPÍTULO XXXII

Pero permitidme, señores, que os lo pregunte: ¿os divertís ahora tanto como otras veces en el baile y en la comedia? De mí sé decir que desde hace algún tiempo me causan cierto terror las reuniones numerosas. Me asalta una visión siniestra cuando estoy en ellas, y en vano me esfuerzo por rechazarla: vuelve siempre como la de Atalia. Esto debe ser quizá porque el alma, invadida en la actualidad por negros pensamientos y cuadros desgarradores, encuentra en todas partes motivos de tristeza, á la manera que el estómago viciado con vierte en veneno los más sanos alimentos. Sea de ello lo que fuere, ahí va mi sueño: Cuando me encontré en una de esas fiestas, en medio de esa multitud de hombres amables y cariñosos que bailan, cantan ó lloran viendo una obra dramática, que no manifiestan más que sensaciones de alegría, de franqueza y de cordialidad, digo para mí: Supongamos que en esta reunión entrase de pronto un oso blanco, un filósofo, un

1. Célebre modista en la época en que este libro fué escrito.

tigre ó cualquier otro animal de esta especie, y encarándose á la orquesta gritase con voz furiosa :

« ¡Desgraciados mortales, escuchad á la verdad que os habla por mi boca : estáis oprimidos y tiranizados ; el fastidio y la desventura os dominan ; ¡ salid de vuestro letargo !

» ¡ Músicos, empezad por romper esos instrumentos sobre vuestras cabezas y armaos de puñales ; no os acordéis en adelante de las distracciones ni de las fiestas ; subid á los palcos, asesinad á todo el mundo ; que las mujeres tiñan también en sangre sus manos temblorosas !

» ¡ Salid de aquí, ya sois *libres* ; arrancad á vuestro rey de su trono y á vuestro Dios de su santuario ! »

Ahora bien : ¿ cuántos de esos hombres *encantadores* ejecutarían el mandato del tigre ? ¿ Cuántos pensaban en ello, tal vez, antes de que éste entrase ? — ¡ Quién lo sabe ! — Y, sin embargo, ¿ acaso no se bailaba en París hace cinco años¹ ?

— Joannetti, cierra las puertas y las ventanas ; no quiero ver más la luz ; que persona alguna entre en mi cuarto. Pon la espada al alcance de mi mano. Marchate tú también y no vuelvas á presentarte delante de mí.

1. Por el texto de este capítulo se adivina que hubo de escribirlo su autor en 1791.

CAPÍTULO XXXIII

— No, no ; quédate, Joannetti ; quédate, pobre muchacho ; y tú también, mi *Rosina* ; tú, que adivinas mis penas y las endulzas con tus caricias : ven, *Rosina* mía, ven á mi regazo, y á descansar.

CAPÍTULO XXXIV

La caída de mi silla de posta le ha hecho al lector el servicio de acortar mi viaje lo menos en una docena de capítulos, porque al levantarme me encontré frente á frente y muy cerca de mi escritorio ; así es que no tuve tiempo para reflexionar acerca de los muchos cuadros y láminas que me quedaban aún por recorrer, y que hubieran podido alargar bastante mis excursiones por el campo de la pintura.

Dejando, pues, á la derecha los retratos de Rafael y su amada, *el Caballero de Assás* y *la Pastora de los Alpes*, y torciendo á la izquierda, se descubre mi escritorio al lado mismo de la ventana ; es el objeto de mayor apariencia y el primero que se presenta á la vista del viajero, siguiendo el camino que acabo de indicar.

Sobre el escritorio hay unas cuantas tablitas ó estantes que sirven de biblioteca, y encima de todo, un busto que corona la pirámide, y que, sin duda alguna, es el objeto que más contribuye el embellecimiento del país.

Tirando del primer cajón de la derecha, aparece un pupitre con papeles de todas clases, plumas de todos cortes y lacre, formando todo esto un conjunto tan agradable, que daría ganas de escribir á la persona más indolente. Estoy seguro, querida Jenny, de que si por casualidad abrieses este cajón, contestarías á la carta que te escribí el año pasado. En el del otro lado permanecen confusamente amontonados los materiales de la interesante historia de la prisionera de Pinerolo, que muy pronto, amigos míos, tendréis ocasión de leer¹.

Entre estos dos cajones hay un hueco en el que arrojó las cartas á medida que las recibo. Allí están todas las que he recibido desde hace diez años. Las más antiguas forman paquetes en los que están coleccionadas por sus fechas; las modernas están completamente revueltas. Conservo muchas de mi juventud, y experimento un vivo placer cuando me recuerdan las situaciones más interesantes de mis primeros años y me transportan á aquellos tiempos felices que ya no volveré á ver.

¡Ah! ¡Cómo rebosa mi corazón! ¡Qué dulce tristeza lo llena cuando los ojos recorren las líneas trazadas por un ser que ya no existe! ¡Éstos son sus caracteres! ¡Éste su corazón, que guió á su mano; y era á mí á

1. El autor no ha cumplido su palabra; y si algo se ha publicado con dicho título, aquél declara no tener en ello ninguna parte.

quien escribía esta carta, y esto es lo único que de él me queda!

Cuando acerco mi mano á ese mueble, difícilmente lo abandono en todo el día. De igual modo el viajero atraviesa con rapidez algunas provincias de Italia, haciendo precipitadamente algunas observaciones superficiales para detenerse después en Roma durante meses enteros. Es el filón más rico de la mina que estoy explotando. ¡Qué cambio en mis ideas y en mis sentimientos! ¡Qué diferencia en mis amigos! Cuando los examino tal como eran ayer y tal como son hoy, los veo agitados mortalmente por proyectos que ahora en modo alguno les interesan. Mirámos un suceso como una gran desgracia; pero el final de la carta no existe, y así el suceso queda completamente olvidado: me es imposible recordar de qué se trataba. Mil preocupaciones nos asaltaban; nos eran totalmente desconocidos el mundo y los hombres; pero también, ¡cuánto entusiasmo en nuestras relaciones! ¡Qué lazos tan íntimos! ¡Qué confianza ilimitada!

Éramos felices por nuestros propios errores. ¿Y ahora?... ¡Ah! todo ha cambiado. Como los demás, hemos tenido que leer en el corazón humano; y la verdad, cayendo en medio de nosotros como una bomba, ha destruido para siempre el palacio encantado de nuestras ilusiones.